

Los gringos de Tiquicia

En un lugar de Alabama, Estados Unidos, cierto día del año de 1951 se reunieron varias docenas de pacíficos ciudadanos que habían tomado una determinación: marcharse lejos, en busca de un lugar tranquilo para vivir. Emprendían así una nueva fase de sus vidas, enmarcada dentro de lo que en la imaginación de muchos de ellos era realmente una aventura, cuyos resultados dependían de la certeza en la escogencia del sitio para el nuevo hogar.

DESTINO: MONTEVERDE

No era sino un punto impreciso en el mapa de Costa Rica. Fue elegido luego de recorrer, pacientemente, los sitios que se les señalaron como apropiados en los diversos países que visitaron los enviados de aquel grupo de ciudadanos "cuáqueros", que ansiaban habitar lejos de los ruidos de las grandes ciudades. Monteverde, terreno montañoso situado casi en la colindancia de las provincias de Guanacaste y Puntarenas, en la cordillera del Guanacaste, alejado al pueblecito minúsculo de Santa Elena, era la meta de las 17 familias que en el mismo año de 1951 salieron de Alabama.

EN LOS MONTES: SIN RUIDO

Con pocos dólares y menos ruido, los cuáqueros se instalaron en Monteverde. Ya en otras ocasiones nosotros hemos señalado cómo, mediante un esfuerzo titánico, lograron el propósito de habitar en la montaña, en contacto directo con la naturaleza, aprovechándose de ésta sin destruirla. Pero creemos que vale la pena un repaso a los comienzos y la descripción de lo que se ha conseguido tras 21 años de esfuerzo continuo.

Porque la comunidad de Monteverde es ejemplar; y lo que sirve de ejemplo es bueno traerlo a la luz pública muchas veces, para que sirva de acicate, de estímulo.

ENTRARON POR LAS JUNTAS

El grupo de familias cuáqueras llegó a Las Juntas, y por un viejo sendero hecho por los campesinos de la región, ascendió hasta la cima de la montaña, precisamente en donde están los terrenos comprados por quienes llegaron a escoger el lugar.

Si algo hay hermoso en este Monteverde, es la espléndida vista de que se goza casi desde cualquier punto. El Golfo de Nicoya, imponente, se domina en toda su amplitud; y desde Punta Mala hasta las serranías de Nandayure abarca la vista en un rápido recorrido. Además, el clima es fresco, muy agradable durante todo el año.

EL COMIENZO: LA COMUNIDAD

No había sino pequeños claros de potrero y mucha selva en aquella propiedad destinada a hogar de los cuáqueros. Carecían de vivienda y, por supuesto, de cualquiera de esos servicios "modernos" a que tan acostumbrados están los ciudadanos norteamericanos.

Pero el espíritu comunitario de estas gentes es muy arraigado. Así, con la cooperación de todos fueron levantadas las diversas casas, que, contrario a lo que piensa la mayoría de la gente, no forman un pueblo en el sentido que le damos los ticos, pues están separadas por distancias que van entre los 50 y los 500 metros, y en muchas ocasiones casi con la selva sobre los techos.

Continúa...



FAMILIA CUAQUERA.— Con la selva a menos de 100 metros y una espléndida vista del Golfo de Nicoya al frente, la familia Campbell departe con nuestro director, don Guido Fernández y su señora, doña Cecilia de Fernández. En la fotografía de izquierda a derecha, aparecen miss Lynn Grizzard, estudiante norteamericana, doña Cecilia de Fernández, Sritas. Ruth y Martha Campbell, señor John Campbell, señor Guido Fernández y señora Doris Campbell.



TRES PILONES.— Tres guapas muchachas captadas en tierras de Monteverde. A la izquierda, Ruth Campbell, al centro Irene Montin y a la derecha Lynn (Lidia) Grizzard. Esta última tiene a sus familiares en el exterior; llegó a Monteverde hace dos meses, con el fin de estudiar la secundaria.

Gentes y Paisajes

Texto y fotografías

MIGUEL SALGUERO



COMO EN UN CUENTO.— Como en un cuento de hadas, bajo la fronda los hijos de los pioneros de Monteverde bailan al compás de las canciones del maestro Jim Kuehr (foto cortesía de John Campbell).

"La colonia ya es mayor de edad"

La colonia de Monteverde ya es mayor de edad. Mucha agua ha corrido bajo el puente en estos 21 años de convivencia entre norteamericanos y ticos. Los "gringos" se han costarricenseado; y las nuevas generaciones poco difieren de los vecinos de la misma edad que habitan en las zonas aledañas, como Santa Elena y San Luis.

DE NUEVO A LOS COMIENZOS

Volvamos momentáneamente a los comienzos. Personas acostumbradas a otra clase de vida, "ciudadinas" en su mayoría, que jamás habían estado en la selva. Pero no se arredraron. Sin ninguna comodidad, viviendo prácticamente bajo los árboles, en poco tiempo levantaron las viviendas. Y aunque los cuáqueros forman una colonia, no por eso hay un patrón para señalarle a cada uno lo que debe hacer. Quizás lo más apropiado en este caso sea utilizar el término "cooperativismo", pero sin obligaciones comunitarias, y sin que aquello sea una cooperativa. Cada quien trabaja en lo suyo y es socio de la actividad principal, la cual veremos más adelante.

LOS CAMINOS

Dura fue la lucha para abrir caminos hasta Monteverde. Los 32 kilómetros que separan la colonia de la carretera interamericana van, la mayor parte del trayecto, sobre terrenos de montaña. La única parte bastante llana es la comprendida entre Lagartos y Guacimal. El resto de la ruta se eleva, como en un ascensor gigante, y en menos de una hora se pasa de los cientos de metros a los mil "y poco", pues no tenemos a mano el dato exacto. Si sabemos que la altura de Monteverde es parecida a la de San José, pero por lo abrupto del terreno la vista monterverdina es realmente espectacular.

En un principio, ya lo señalamos, entraban por Las Juntas o el Dos de Cañas; pero la ruta más directa es la de Lagartos-Guacimal. Gracias a los empeños de ticos y norteamericanos esta última se encuentra hoy día habilitada para cualquier vehículo, con excepción de cierto tipo de automóviles.

LAS COMODIDADES EN MEDIO DE LA MONTAÑA

A pesar de que no contaban con buenos caminos, y del aislamiento —también hay que tomar en cuenta que estos norteamericanos no traían los dólares en carretadas, como generalmente se piensa— pronto tuvieron las comodidades propias de la era moderna. Recordamos que cuando conocimos por vez primera esta comunidad nos llamó poderosamente la atención el hecho de que en plena montaña nos encontráramos con casas en donde había luz eléctrica permanente, casas no lujosas pero muy cómodas, refrigeración, etc. La sorpresa no era poca al final de un camino barrialoso: vida confortable, en plena selva.

TODOS A LA UNA

Aquello de "todos para uno y uno para todos" es un hecho en Monteverde. Cuando se levantaba una vivienda, todos a la carga. Los hombres a aserrar madera, a poner basas, a hacer puertas y ventanas. Las mujeres, a cocinar y cooperar en todo. Lo mismo sucede hoy día. Y si el puente tal está defectuoso o hay un problema que afecta a la comunidad, se hace una señal y acuden los hombres necesarios para solucionar el problema.

ESCUELA, COMISARIATO

Para proveer a la comunidad de sus víveres fue instalado un comisariato, en el cual se consigue de todo a precio muy bajo. Hoy día pertenece a una cooperativa; y se da el caso, raro en verdad, de que gentes de Miramar, cabecera de Montes de Oro, cantón muy alejado de Monteverde, son socias porque los precios de los artículos son iguales o más bajos a los de San José.

Bajo árboles varias veces centenarios, con caminos de tierra en donde el barro es muy raro, está instalada la escuela. Fue de los primeros edificios; y sigue como el lugar principal de reunión, no sólo porque se imparten escuela primaria y secundaria (high school), sino porque en ellas se celebran los "meetings" dominicales, o sea las reuniones que se hacen para meditar y leer pasajes de la Biblia.

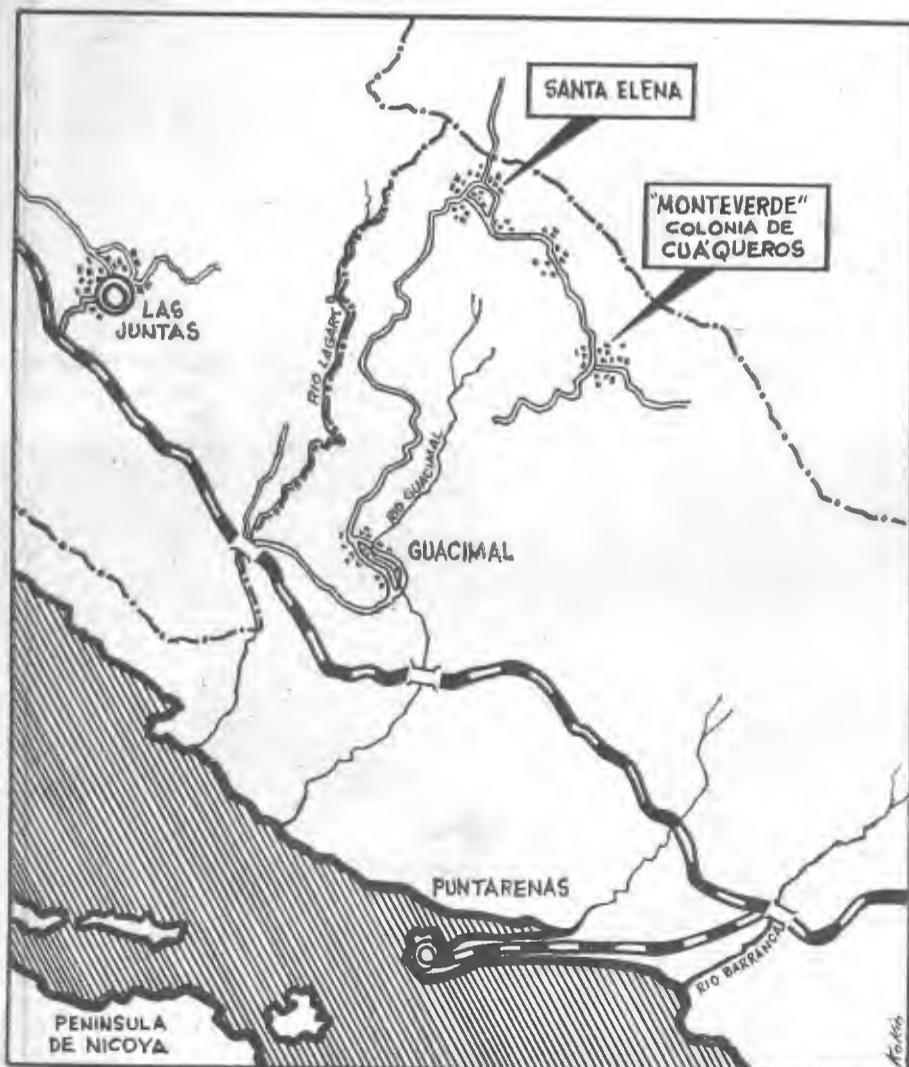
Continúa...



EL AMBIENTE.— La fotografía quizás le de al lector una idea del ambiente en que se vive en la colonia de Monteverde. El potrero con los apartos para las vacas; y la casa, al fondo, bajo la sombra de los árboles.



FIESTA EN EL 53.— Al cumplir dos años de vida la colonia, hubo fiesta al aire libre para celebrar el acontecimiento. La fotografía fue captada por John Campbell.



AGRICULTOR.— Este pequeño agricultor con un tractorcito pequeño se encuentra muy atareado en la preparación del terreno para sembrar tomates. Cualquier pedazo desmontado es bueno para cultivar. Los cuáqueros jamás queman las malezas.

¡Ni un televisor!

Tierra de paz

La paz es algo "connatural" en Monteverde. Sabido es que los cuáqueros no van a la guerra; que su religión es tan sencilla como la vida misma si se vive "sencilla y naturalmente", como afirmaba Lincoln debía cumplirse con el deber. Pero además por el ambiente bucólico, por la influencia de la naturaleza, que entra a formar parte del individuo, el ánimo se dispone para la paz y el trabajo.

UNA VISITA RECIENTE

El cuarto viaje a Monteverde. Y siempre regresamos con el deseo de volver, pero a quedarnos definitivamente.

En esta ocasión vamos en compañía de nuestro director, don Guido Fernández, y de su señora esposa, doña Cecilia. Salimos sábado a las seis horas. y "poco a poco", sin correr mucho, a las 11.30 de la mañana llegamos a Santa Elena, la población tica, con una calle corta, cinco cantinas, varias pulperías, una iglesia muy coqueta, escuela, taller mecánico, dos saloncitos de baile, uno de ellos con una "rockola" de 30 mil colonos, y una sorpresa: el negocio "del alemán".

COMO EN ALEMANIA

Hay una casa con un rótulo: Tienda. Dos estrellas parecen ser el distintivo del tendero. Pero detrás de la puerta principal, que da paso a una especie de cuarto con tres puertas, una de ellas que cierra automáticamente (por la gravedad), hay una tienda que nos recuerda a lo que hemos visto en el cine sobre Alemania. El ruido de campanillas anuncia a los dueños la visita de los clientes. Y dentro encontramos aparte del surtido más completo de toda clase de mercaderías, desde alfileres hasta relojes "cucú" hechos en la Selva Negra, a una familia alemana que desborda simpatía, y que ya es más tica que la piedra de Aserri. Se trata de don Wilfried Mengel, de su esposa doña Gertrudes de Mengel, y de sus hijos Vitalis, Tomás y Salvro. Vitalis, un mozo robusto, se entretiene en el arreglo de toda clase de relojes "pues recibí un curso por correspondencia". Don Wilfried reparte su tiempo entre la tienda y una finca "para entretenerme". Además de tendero exitoso, este alemán metido a tico es un excelente fotógrafo y su

colección, tomada en tiempos viejos cuando se dedicaba a la fotografía en Alemania, es impresionante.

HOY COMO AYER

Atrás queda la familia Mengel —y la invitación a tomar café por la tarde— y seguimos la ruta hacia la colonia cuáquera. En realidad, poco ha cambiado todo esto con el paso de los años. El camino es el mismo, salvo que ahora tiene piedra quebrada. Las fincas de los ticos no muestran mayores cambios; y tampoco ha habido cambio en la propia colonia. Lo primero que encontramos es el comisariato, muy cerca de la casa de la familia Rockwell, que ahora habita en San José. Un grupo de clientes es atendido por varios empleados; entre la clientela encontramos a los primeros "gringos", que son prácticamente costarricenses: Hubert Mend e Irene Montin. Y de cajera una linda muchacha, sonriente y amable como sus conterráneos: Ruth Campbell.

LA PENSION DE DOÑA IRMA

Un camino de tierra nos con-

duce hasta la pensión de doña Irma Rockwell, Casa de familia, entre un claro del bosque. Detrás de la "gotera", los árboles. El camino ha eliminado un sendero bajo los árboles, obligatorio en visitas anteriores. Pero lo demás sigue igual. La colonia prácticamente no cam-

bia en nada. Si han construido nuevas casas, estas no se ven. Quizás estén ocultas bajo los árboles. Parece ser que el sueño de los fundadores, el vivir alejados del ruido de lo moderno, se ha cumplido. No hay en toda la colonia un sólo televisor. Algunos poseen radiorecep-

tores, pero son los menos. Y se sigue al pie de la letra la tradición de estos austeros ciudadanos: no fumar ni tomar licor. En todo Monteverde no se consigue un trago ni para un antojo.

Continúa...



CON EL CINCO AL HOMBRO.— Gary Diller, de sombrero, conversa con el director de LA NACION, don Guido Fernández, en un descanso hacia su casa, sita en San Luis, unos tres kilómetros adentro de Monteverde. De espaldas aparece Dennis Michael Call, otro de los norteamericanos que recientemente se han trasladado a las cercanías de la colonia cuáquera.



TODA LA COLONIA.— En el año 54 hubo reunión general —como todos los años— de los colonos cuáqueros, ocasión que aprovechó John Campbell para captar esta gráfica.

Alegría en el vivir

En esta nueva visita a Monteverde podríamos hacer incapié en la habilidad de los colonos para fabricar quesos exquisitos; o en los beneficios que para 75 finqueros costarricenses representa la industria láctea. Sin embargo, nada hay más importante para nosotros que esa alegría de vivir, ese respeto a la naturaleza y la ausencia de los problemas que origina el licor.

EL AMOR ENTRE LOS CUAQUEROS

Podría creerse que estas gentes son muy severas en cuanto a las relaciones entre jóvenes de ambos sexos y que el más absoluto puritanismo rige aquellas vidas. Sin embargo, no hay tal severidad; y si son estrictos en sus costumbres, eso no quiere decir que las impongan a látigo, ni mucho menos. Las muchachas tienen absoluta libertad para elegir con quien casarse; y ya han habido matrimonios entre ticos y norteamericanos.

Nosotros asistimos a una de estas ceremonias y nos impresionó la sencillez y la forma en que se llevó a cabo. No hay pastores oficiantes; sencillamente los dos contrayentes se comprometen en matrimonio en presencia de los miembros de la comunidad. El casamiento lo efectuaron una muchacha cuáquera y un maestro costarricense.

BAILES: SOLAMENTE DE CUADRILLAS

El dicho nuestro "hace falta el licor para alegrarse" no tiene ninguna validez, en Monteverde. Siempre hemos notado alegría en el trabajo, en la reunión hogareña o de la comunidad. En la fiesta de Navidad y Año Nuevo. Y sin embargo, jamás nadie ha ingerido un sólo trago en nuestra presencia. No están acostumbrados al licor y no les hace falta en absoluto para divertirse y reír, en muchas ocasiones a mandíbula batiendo.

El contraste entre el pueblito tico, de la calle corta y las cinco cantinas es muy evidente. Sabemos que nosotros constituimos un pueblo con la pulpería y cantina primero, luego la ermita y la plaza de deportes. Aquí la escuela sirve de iglesia, y en qué forma; por allí cerca, en el zacate bajo los grandes árboles se juega al fútbol y la pulpería está lejos de este punto, al comienzo de los terrenos de la colonia, como señalamos antes.

Los sábados por las noches, y también en ocasiones especiales como Navidad, hay bailes en la escuela. Jóvenes y viejos participan con gran entusiasmo pero son bailes en conjun-



Este fue el primer matrimonio en la colonia; y los novios, como puede verse, llegaron en carreta. Pocas veces se ha visto un boyero más elegante, pues aparece de saco y corbata (aunque está de espaldas, el dato es correcto). Estaba en sus finales el año 51; y los "matrimonios" fueron Lawrence Osborne y Betty Starbuck.

to, en cuadrillas tal como si estuviéramos en el oeste norteamericano del siglo pasado. Sin embargo, no queda la menor duda de que todo el mundo goza enormemente con la fiesta. Y bailan desde los güilas de pocos años hasta las personas maduras. Cuánta alegría en el vivir de estas gentes, y sin embargo ni una gota de licor les hace falta para sentirse alegres todo el tiempo!

UN VIAJE A MONTEVERDE

Si el amigo lector desea conocer Monteverde, puede hacerlo en el momento que desee.

Todos los días sale una cazadora desde la bomba Acón, en Puntarenas, a las dos de la tarde, y llega a Santa Elena cerca de las seis. Si alguien va a Monteverde, que está a menos de dos kilómetros de Santa Elena, el autobús entra a dejarlo, y si el viaje lo hace en vehículo propio, puede tener seguridad de que el camino, que ha sido arreglado recientemente, no tiene pegaderos; sí hay partes con mucha piedra suelta. La distancia, repetimos, entre río Lagartos, carretera interamericana, y Monteverde, es de 32 kilómetros.

LA PENSION

Mucha gente va a Monteverde, conoce y regresa al mismo día a Puntarenas o sigue viaje a Guanacaste. Pero así no vale la pena porque para conocer realmente a los cuáqueros hay que convivir con ellos. Lo mejor es quedarse unos dos o tres días. En la pensión de doña Irma Rockwell se vive confortablemente, con excelente comida y ambiente plácido, y el precio es de ₡ 32. diarios, que incluyen cuarto y alimentación. Por cierto que doña Irma tiene en venta su pensión, pues parece ser que contraerá matrimonio próximamente.

En este nuevo viaje en compañía de don Guido y doña Cecilia compartimos otra vez una forma de vida que no puede ser más sana, más sencilla y, a la vez, más estimulante. En dos días visitamos varias familias, conocimos los adelantos de la fabricación de queso, estuvimos en un alegrísimo baile de cuadrillas, que se prolongó hasta la medianoche, y también pudimos recorrer Santa Elena, tomarnos un cafecito con los alemanes-ticos de don Wilfried Mengel y oír las razones que tienen algunos norteamericanos no cuáqueros.

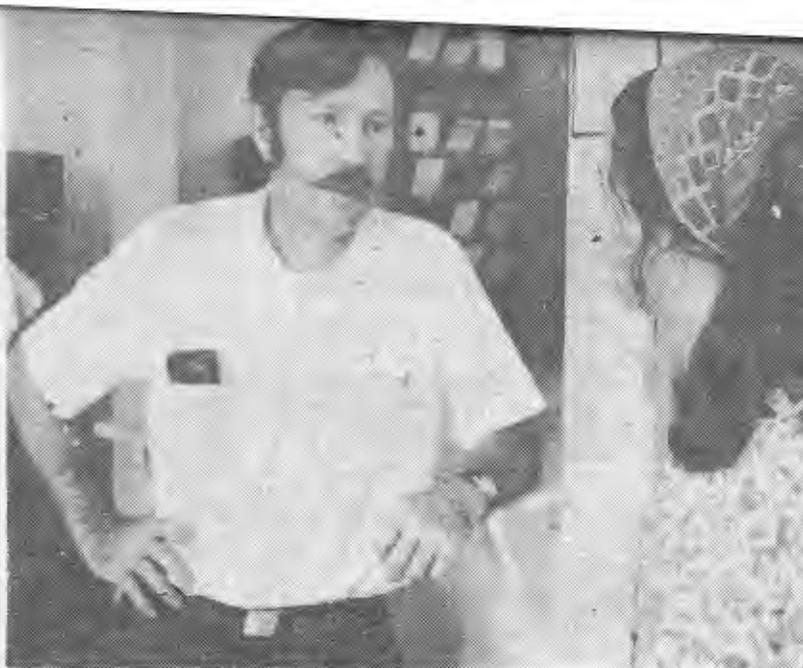
Pasa a la Pág. 44



Doña Irma Rockwell, propietaria de la pensión de Monteverde.



Propietario de finca de lechería, Hubert Mend entrega diariamente su leche a la fábrica de queso.



Mr. Kenneth Wallace, gerente de la fábrica de quesos Monteverde, algunos detalles de su industria a la estudiante norteamericana Lyn. En la actualidad se producen al día unas 800 libras de queso.

Aumentan los "gringos gringos"

Y tierra de trabajo

Quizás por la fama de tierra bucólica, sin perturbaciones —salvo las atmosféricas, que es zona incluida dentro de lo que cubre el clima atlántico—, de tarde en tarde aparecen "gringos gringos" que vienen huyendo de la intranquilidad que es característica de todas las ciudades del mundo.

ALGUNOS "HIPPIES"

Así, los individuos de melenas largas no son ya cosa rara en Monteverde. Pero no viven dentro de la colonia; algunos, como Gray Diller, quien iba rumbo a su casa con una carga de hojas de cinc a la espalda, compró un terreno por el lado de San Luis, y allá está con su mujer, en la búsqueda de algo diferente a lo que tenía en su país. O como Dennis Michael Call, flaco, rubio y con una camisa por traje, que anda bastante desorientado, y quien habita en una casa que le prestó el alemán Mengel. Mr. Call sueña con vivir "primitivamente", alimentado con "comida orgánica" que él mismo piensa cultivar.

Lo especial de esta comida es que no se utilizan fertilizantes ni pesticidas en su producción, con lo cual se reducen los peligros para el organismo humano.

PERO NO AUMENTA LA COLONIA

No aumenta la colonia en cuanto al número de familias,

a pesar de que de vez en cuando se produce algún matrimonio, por la sencilla razón de que las nuevas generaciones desean abandonar el campo. En esto siguen el patrón de todos los campesinos del mundo, que cansados de tanta paz y tanto verde deciden marcharse a la ciudad, precisamente a conocer lo que, en este caso concreto, los padres abandonaron porque los tenían hastiados. Pero los jóvenes no saben, como no lo sabemos nosotros de pequeños, el tesoro que encierra el mundo que, por las inquietudes de la edad, parece monótono. De tal manera que muchos cuáqueros monteverdinos viven en San José o en ciudades de los Estados Unidos.

SIN EMBARGO, ES PREMATURO

No todos los jóvenes desean marcharse. Un caso: Ruth Campbell. Esta simpática machita, a quien según sus palabras "los clientes rifan simbólicamente todas las tardes en el comisariato", se fue por dos años a estudiar a los Estados Unidos. Pero "no se halló", como decimos acá. "Los ticos son muy simpáticos; todos se conocen, todos se saludan... Allá no sucede lo mismo. Por eso deseaba regresar a Monteverde". Ruth Campbell, al igual que muchos jóvenes que nacieron en Monteverde, o que llegaron de corta edad, desean "hacerse ticos", y precisamente en estos días deberán decidir si se hacen cos-

tarricenses, u optan por la ciudadanía norteamericana.

LA LECHE: LA BASE

La leche es la base de la economía de Monteverde. Poco a poco los cuáqueros han ido consolidando una industria que es famosa en todo el país. La fábrica de quesos es moderna, con todos los adelantos de la técnica. Y ha venido a favorecer a muchísimos agricultores costarricenses de las zonas aledañas, pues estos le venden la leche a la sociedad anónima propiedad de la industria. Algunos de los ticos son socios, pues hay acciones a la venta. En cuanto a la producción, en verano, época en que lógicamente disminuye la cantidad de leche, la fábrica de Monteverde produce unas 800 ó 1.000 libras diarias. Las calidades de queso varían entre el tipo Gouda holandés y los quesos corrientes de los cuales se producen tres variedades con nueve sabores. Actualmente están trabajando en la ampliación de la fábrica, en la que trabajan varios costarricenses como Carlomagno Méndez, oriundo de Guacimal, y quien gana a ₡ 1.60 la hora. El promedio del precio de la leche que entregan los 75 productores independientes, según informes del gerente de la fábrica Mr. Kenneth Wallace, es de ₡ 0.55 botella.



Don Carlomagno Méndez, de La Guaria de Guacimal, es un experto en la fabricación de quesos, quien comparte su trabajo con otros costarricenses bajo la dirección del norteamericano Kennet Wallace.

Continúa



Un vecino necesita casa, y todos acuden a ayudarlo en la construcción. Obsérvese que hasta las mujeres trabajan (sobre el techo) para contribuir a terminar rápidamente la vivienda.